DEL BAÚL DE LOS RECUERDOS DE CORTICAS Y AL PALO®

LA CONTABILIDAD DE HOY DEBERÍA SER DIVERTIDA

Artículo original escrito en 2023. Revisado y actualizado en noviembre de 2026.

Carlos Mario Tapias Agudelo | Contador público · Docente

Por estas fechas, pero en 1992, comenzaba mi aventura en la facultad de Contaduría Pública de una universidad privada. Ya he contado varias veces cómo llegué a esta carrera, pero recuerdo especialmente al profesor de Principios de Contabilidad y lo que hoy llamo cariñosamente «contabilidad coquito». Nos ponía ejemplos tan sencillos como este:

«Compramos papelería en efectivo por $100.000».

El profesor explicaba que entregábamos dinero y, a cambio, recibíamos un bien. Yo imaginaba dos personas frente a frente: una entregaba el dinero y la otra, la papelería. ¡Así de sencillo! Era la explicación más elemental de la partida doble, y así fue como aprendí las cuentas y sus movimientos. Nos decía que el dinero salía de la billetera —que en las empresas se llama caja— y que, a cambio, recibíamos un bien cuyo tratamiento contable dependía de su naturaleza y del uso que le diéramos.

Pero había algo fundamental: **a las transacciones las llamábamos por su nombre. ¡POR SU NOMBRE!**

Con ese jueguito de preguntarnos para qué o con qué finalidad adquiríamos un bien o servicio, teníamos que pensar antes de decidir cómo contabilizarlo. Si a eso le sumamos los cálculos manuales, las sumas, las restas, los porcentajes y hasta los errores que debíamos encontrar, personalmente me divertía. Claro, a quien le gustan las matemáticas esas operaciones pueden parecerle un juego, y los juegos deberían ser divertidos. Acá entre nos, siempre me ha costado imaginar a alguien estudiando contabilidad que deteste las matemáticas operativas.

Durante la carrera fue parecido. Hubo materias difíciles, momentos estresantes y profesores que nos hicieron sufrir, pero también había diversión. Lo estresante era, muchas veces, el afán de conseguir una buena nota. ¿O acaso no era entretenido liquidar una nómina manualmente en una hoja de cuaderno o calcular los costos de producción?

Las materias de impuestos eran diferentes. No había tantas obligaciones, procedimientos y herramientas como ahora, pero había algo que no ha cambiado mucho: una cosa era lo que aprendíamos en clase y otra muy distinta lo que encontrábamos en la calle.

Entonces llegaron los códigos

El Decreto 2650 de 1993, que estableció el Plan Único de Cuentas para comerciantes, representó una herramienta importante para uniformar los registros contables. Afortunadamente para mí, durante buena parte de mi formación no me enseñaron contabilidad empezando por memorizar ese catálogo. Reconozco la utilidad que tuvo el PUC para organizar la información, facilitar los registros y apoyar los sistemas contables. Pero también considero que, cuando su enseñanza se convirtió en un ejercicio de memorizar códigos, terminamos sacrificando una parte fundamental del aprendizaje: pensar.

Con los años, en muchas aulas fue desapareciendo aquel juego de quién entrega y quién recibe, de por qué se realiza una operación y cuál es su verdadera naturaleza económica. En su lugar, comenzamos a formar estudiantes preocupados por encontrar un número. Ya no importaba tanto comprender si lo adquirido era un inventario, un activo, un costo o un gasto. Lo importante parecía ser identificar si correspondía a una 5195 o a una 1435.

Memorice, no piense.

Y aclaro algo: el problema nunca fueron los códigos. El problema fue convertirlos en el centro del aprendizaje, cuando deberían ser apenas una herramienta. Luego llegaron las reformas tributarias, los cambios normativos, las nuevas obligaciones, los programas contables, la facturación electrónica y toda una revolución tecnológica.

Muchos profesionales terminaron atrapados en un afán diario por presentar declaraciones, transmitir información, cumplir vencimientos y evitar sanciones. Tenemos contadores que recitan códigos, conocen formularios y manejan programas con una velocidad impresionante. Pero cuando uno les pregunta: «¿Por qué ese desembolso debe reconocerse como costo y no como gasto?», algunos quedan patinando.

Y aparecen respuestas como «Es que esta empresa es de servicios y todo es gasto» o aquella que todavía escuchamos: «Es que así pagamos menos impuestos». **¡Como si la naturaleza económica de una transacción dependiera de cuánto queremos pagarle a la DIAN!**

MURIÓ LA DIVERSIÓN Y LLEGARON EL ESTRÉS, EL MIEDO Y, SOBRE TODO, LA INSEGURIDAD PROFESIONAL.

Y ahora llegó la inteligencia artificial

Cuando escribí este artículo en 2023, ya teníamos una contabilidad altamente tecnológica. Hoy, en 2026, la inteligencia artificial nos presenta un desafío todavía mayor. Tenemos herramientas que ayudan a interpretar documentos, organizar información, automatizar registros, elaborar conciliaciones, hacer cálculos y analizar cifras en segundos. Y eso me parece maravilloso.

No soy enemigo de la tecnología. Todo lo contrario: considero que debemos aprovecharla para trabajar mejor, aprender más y dedicar nuestro tiempo a actividades que verdaderamente generen valor y sobre todo, a vivir. Pero me preocupa una cosa: antes corríamos el riesgo de formar contadores que memorizaran códigos; ahora corremos el riesgo de formar contadores que solamente sepan escribir instrucciones o hacer clic.

Si un programa propone un registro contable, ¿el estudiante sabe explicar por qué es correcto? Si la inteligencia artificial entrega una respuesta, ¿el profesional tiene los conocimientos suficientes para cuestionarla? Y si mañana se cae el sistema, ¿seremos capaces de resolver un problema contable con papel, lápiz y razonamiento?

No se trata de regresar a las calculadoras de bolsillo ni a los libros manuales, ni de rechazar los avances tecnológicos. Se trata de recuperar algo que nunca debimos perder: l**a capacidad de pensar antes de registrar.** La tecnología debe ser una herramienta, no un sustituto de nuestro criterio profesional.

Volvamos a divertirnos aprendiendo

Creo que deberíamos volver al origen, pero sin renunciar al futuro: enseñar primero qué sucede económicamente y después cómo se contabiliza; comprender la partida doble antes

de abrir un software; analizar una transacción antes de buscar el código de la cuenta. ¿Y por qué no volver a realizar algunos ejercicios manualmente? No porque desconozcamos la tecnología, sino porque necesitamos ejercitar el razonamiento.

La contabilidad no debería enseñarse como una colección de normas, códigos, impuestos y vencimientos. Debería enseñarse como una forma de comprender lo que sucede en las empresas, interpretar sus decisiones y explicar sus resultados. Por eso, cuando dicto mis clases, intento que los estudiantes pregunten, se equivoquen, discutan, se rían y, especialmente, piensen. Porque aprender no tiene que ser aburrido para ser riguroso, y un profesional que comprende lo que hace tiene más posibilidades de disfrutar su trabajo.

Sin embargo, todavía parece que muchos contadores solamente tienen dos momentos de verdadera diversión:

1. Cuando les pagan los honorarios.
2. Cuando presentan una declaración y la página de la DIAN dice: «Presentado con éxito».

¡Y eso siempre y cuando la página funcione! JAJAJA.

Han pasado 34 años desde que comencé a estudiar contabilidad, y sigo convencido de algo:

LA CONTABILIDAD DEBERÍA SER DIVERTIDA, PERO, SOBRE TODO, DEBERÍA ENSEÑARNOS A PENSAR.

Porque los programas cambian, las normas cambian, los impuestos cambian y ahora hasta la inteligencia artificial cambia todos los días. Pero el criterio profesional no se descarga, no se compra con una licencia de software y no se adquiere memorizando un catálogo de cuentas. Se construye aprendiendo a pensar.

¿ESTÁS DE ACUERDO? ¡DÉJAME TU OPINIÓN!

CARLOS MARIO TAPIAS AGUDELO
Contador público · Docente
Corticas y al Palo® – Directo al grano y sin carreta.